

9. Sin duda debeis pensar, hermanos míos, que os he dicho del amor de Dios para con los hombres cosas superiores á vuestra fe, y al parecer enteramente increíbles: tal fue efectivamente la grandeza de su amor. Pues ahora, confiado en el auxilio de este mismo amor, espero me permitiréis suponer otra cosa que, aunque falsa en sí misma, tiene sin embargo apariéncia y fundamento de verdad. Figuraos que Dios hubiese necesitado de vosotros; que habiéndoos ofendido de mil maneras, se hubiese propuesto apurar todos los medios de aplacaros, y que despues de haberos ofrecido toda clase de satisfacciones para que le perdonárais sus pecados, os propusiera el durísimo sacrificio de entregaros su Hijo para que le diérais muerte, el mismo sacrificio del profeta Miqueas, de que antes os he hablado, y os dijese: *Numquid dabo Primogenitum meum pro scelere meo?* ¿Quereis que haga morir á mi Hijo por mi pecado? ¡Ah! os horrorizais de esta suposicion mia, y hasta la teneis quizá por una blasfemia. No os escandaliceis; mas decidme: ¿Qué es lo que le hubiérais pedido, y á qué le hubiérais condenado? ¿Merecian sus culpas y su soberbia en desobedeceros y menospreciaros, que su Hijo fuera abatido y humillado en reparacion de la ofensa inferida á vuestro honor? Si no sois injustos é indiscretos, ¿creeréis que pudiera someterse á mayores ignominias y á mas crueles afrentas que las que se sometió? ¿Qué hombre, por vil y despreciable que fuese, vióse jamás, cual Jesucristo, tratado é injuriado como el último y mas soez de los hombres, como el oprobio del género humano y la escoria de la plebe, en términos de parecer, mas bien que hombre, un inundo gusano? *Novissimum virorum; opprobrium hominum; abjectio plebis: ego autem sum vermis et non homo.* Vióse insultado por el populacho hasta el punto de escupirle en el rostro; abofeteado y escarnecido como un pícaro; vestido de blanco como un loco, y paseado de este modo en medio del dia por la ciudad á la vista de todo el pueblo. Hízole traicion un amigo, y le vendió á menor precio del que habia sido vendido en tiempo del rey Acab la cabeza de un jumento. Un ladron y asesino, puesto en parangon con él, pareció y fue tenido por inocente, y sin vacilar un solo instante, todo el pueblo á una voz absolvió al ladron y condenó á Jesucristo. ¿Quereis mas? ¿Estais satisfechos de sus humillaciones?

10. ¿Ó juzgais aun necesario para aplacar vuestro enojo, que el Hijo de Dios sea castigado con otras penas y otros dolores? Pues sabed que Jesucristo padeció otros dolores y otras penas tales, que deberíais ser muy crueles para no daros por satisfechos con ellos.

Prescindiendo de que su vida, no muy breve por cierto, fue un continuo martirio motivado por las incesantes angustias que le causaba la infalible prevision de los tormentos que le aguardaban; prescindiendo tambien de la intolerable agonía que padeció en el huerto y le oprimió el corazon hasta el extremo de hacerle sudar sangre; ¿fue poca pena la cruel flagelacion que laceró sus inocentes carnes de manera, que ni mi corazon me permitiria decíroslo, ni vosotros pudiérais oirlo sin derramar abundantes lágrimas de compasion? Ciertamente, al ver brotar á cada golpe de azote aquella sangre preciosa; al ver acardenalarse, hincharse y desgarrarse cruelmente la piel de aquel manso cordero, me pediríais que callase, y horrorizados de tal relacion, ahogaríais mi voz con vuestros rumores. ¿Fue poca pena la de atravesarle las sienes con espinas? Cualquiera de vosotros á quien le haya dolido la cabeza puede figurarse qué tormento ha de causar tan horrible operacion. ¿Fue pequeño padecimiento el de llevar sobre sus laceradas espaldas, con el cuerpo extenuado por tantas horas de martirio, la pesada carga de la cruz hasta la cumbre del Calvario? ¿No basta para que os compadezcáis de él, el verle traspasar los piés y las manos, rompiéndole los músculos, los nervios y las venas con duros clavos, y clavarle con ellos á martillazos en la cruz, y levantándole en seguida, dejarle pendiente de ella por espacio de tres horas en medio de los inexplicables dolores que debian causarle sus heridas agravadas por el peso de su cuerpo? ¿negarle un poco de agua cuando estaba pereciendo de sed, y al pedir de beber (cosa que jamás se niega en semejante trance á los ladrones y asesinos) no hallar entre tantos como presenciaron su muerte uno solo que se compadeciera de sus muchos padecimientos, pues léjos de esto, todos mostraban aprobarlos, y añadian los insultos y el escarnio á los tormentos? Y lo que es mas, ¿mostrarle su mismo divino Padre, que le negaba todo su amor, no solo privándole de todo consuelo, sino aumentando su martirio con una desolacion, un desyfo y un abandono tan amargos, que bastaban por sí solos para causarle la muerte, lo cual obligó á aquel buen Hijo á quejarse suavemente y por primera vez á su Padre, y morir finalmente sumergido en este piélago de imponderables amarguras? Decidme, repito, ¿os daríais por satisfechos con esto?

11. Y si no contentos aun, quisiérais que lo sufriese todo en silencio, y con infinita paciencia y resignacion; vedle allí con Judas, aquel mismo Judas que ha de venderle, y que, segun lo con-

venido con los enemigos de su Maestro, le dará un beso para que le conozcan y se apoderen de él. Nada de esto ignora Jesucristo, y sin embargo todo lo acepta. Ved con qué mansedumbre ofrece su mejilla á la boca maldita del traidor, sin mostrarle el menor enojo, ni oponerle mas que una dulce reconvencion, llamándole amigo: *Amice, osculo Filium hominis tradis?* Como inocente cordero no abre la boca contra los que le quitan la vida con tanta crueldad; no se defiende, ni vuelve mal por mal, mas todo lo tolera en silencio, y al ver que su infinita paciencia es menospreciada y mirada como baja y debilidad, no profiere la menor queja ni suelta el menor lamento: si habla, es tan solo para manifestar que ama y perdona á sus mismos enemigos, y para pedir á su divino Padre que tambien los perdone. ¿Qué falta, pues, para que concedais el perdon de vuestras ofensas á este buen Dios, que tan larga y dolorosa satisfaccion os ha dado en la persona de aquel su tan amado Hijo, sobre todo si se considera que siendo este Hijo-Dios una misma cosa con el Padre, la penitencia era comun á entrambos?

12. Pero basta ya. Conozco, oyentes míos, que no podeis tolerar por mas tiempo esa série de dolorosas suposiciones; pues que entrañan una ironía sobrado amarga y una acusacion harto severa para vosotros. No nos ha ofendido Dios á nosotros, no; nosotros somos los culpables; nosotros merecimos las crueles penas que os he descrito rápidamente; y sin embargo es un hecho innegable que Dios padeció verdaderamente por vosotros aquellas penas, de manera que si hubiese necesitado alcanzar vuestro perdon ó excitar vuestra misericordia, ni él hubiera podido hacer mas para merecerla, ni vosotros hubiérais podido negársela. Bien sé yo que las cosas no fueron ni pudieron ser tales como las he supuesto; que vosotros necesitábais de él, y no él de vosotros; que vosotros le habíais ofendido verdaderamente á él, y que por vuestros muchos y graves pecados merecíais aquella durísima expiacion; que estaba en su mano imponeros esa expiacion, y que hubiera sido un acto de suma bondad el perdonárosle; pero tampoco ignoro que, por un cambio de cosas y de personas que ningun hombre ni Ángel alguno hubiera podido creer jamás, Dios se encargó de hacer por vosotros esa tan grande expiacion, como si él y no nosotros hubiera sido el pecador, el impío y el ingrato; de manera que nada mas pudiera haber padecido ni hecho para aplacarnos. Esta reflexion afflige mi espíritu y debe affligir á cuantos tengan alguna fe, ó siquiera alguna nobleza de sentimientos.

13. Decidme ahora, oyentes míos, ¿paréceos si Dios os ha dado bastantes pruebas del amor que os profesa? De lo dicho hasta ahora infiérense clara é indudablemente dos cosas: primeramente, que Dios hizo morir á su Hijo, y que este se sujetó á morir por amor; y en segundo lugar, que, despues de su amor, nuestros pecados fueron los ministros de su muerte, puesto que por ellos murió. Esto supuesto os pregunto: al contemplar á este Dios crucificado ¿qué sentimientos deben preponderar en vosotros? ¿ha de preponderar la compasion, ó ha de llenar y embargar vuestro corazon el amor y el dolor? ¿No amarémos á un Dios tan bueno que nos amó hasta el extremo de anteponernos á sí mismo y á su propia vida? Y toda vez que nuestros pecados fueron la verdadera causa de su muerte, ¿no llorarémos de cordial contricion? ¿no nos llenarémos de indignacion contra nosotros mismos? ¿no procurarémos reparar con la penitencia nuestras grandes iniquidades? Pensad, pues, qué es lo que debeis hacer. Ya que habeis pecado, ¿qué otro remedio os queda, sino llorar amargamente y proponer firmemente no volver á pecar? Os he ofendido, hermanos míos, y os pido perdon por ello, haciéndoos parecer de dolor al suponer que Jesucristo hizo aquella horrible expiacion con el objeto de aplacaros y moveros á perdonarle las ofensas que de él habíais recibido. No fue así, no, lo sé; antes al contrario el Salvador padeció tan crueles tormentos para que os compadeciérais de él y cesárais de ofenderle; para que viendo cuán cara le habia costado la satisfaccion de vuestros pecados, no volviérais á cometerlos jamás, bastándoos haberle hecho morir una vez, y no queriendo yerle padecer y morir de nuevo. Esto desea, por esto murió; ¿seríais capaces de negárselo? ¿acaso os pide demasiado? La dolorosa compasion que os ha inspirado, las abundantes lágrimas que habeis derramado ¿bastarán para que una vez para siempre dejeis de apesadumbrarle? ¡Ah! pensad que todavía podeis veros en la misma alternativa en que Pilatos puso un dia á los hebreos proponiéndoles la eleccion entre la vida de Barrabás y la de Jesucristo: *Quem vultis dimittam vobis?* Todavía Jesucristo será puesto en parangon con algun malhechor, es decir, con el culpable amor de vosotros mismos, con algun apetito carnal, con alguna ganancia ilegítima, con una venganza, ó con una torpe satisfaccion; y estará en vuestra mano elegir entre Cristo y vosotros mismos, entre Cristo y vuestra carne, entre Cristo y la vergonzosa pasion, ó la moda, ó el pecado; siendo entonces necesario que opteis por una de estas dos co-

sas, ó volver á crucificar y hacer morir en vosotros á Jesucristo, ó crucificar y hacer morir el pecado. En semejante alternativa, en que de seguro os habeis de encontrar, ¿qué es lo que debo esperar de vosotros? ¿Qué han hecho tantos otros cristianos que en los pasados años oyeron la relacion de los padecimientos de Cristo? Aquellos mismos que, como ahora vosotros, al recordar sus penas y su muerte sollozaban y lloraban amargamente, en breve enjugaron sus lágrimas, y olvidaron su dolor y sus buenos propósitos. Vino vuestra antigua amiga, la infame moda, instando y llorando; y aunque Jesucristo se mostraba tambien lleno de dolor y afliccion, y procuraba sujetar vuestras manos para que no le crucificárais otra vez, recordándoos vuestras lágrimas y promesas, todo fue en vano. Sea en buen hora crucificado Jesucristo; ¿pero contristar á la antigua amiga? eso no; ¿pero abandonar la moda, aunque deshonesta y escandalosa, harlo cara á nuestro corazon? nunca, jamás: así deciais vosotros. Ahora comprenderéis por qué prescindiendo de vuestra compasion, solo he tratado de excitar en vosotros el amor y el dolor. La compasion dura tanto como la idea del mal que sufre el que no lo merece: tan pronto como se desvanece esta idea, cesa tambien la conmiseracion. Mas si la Pasion de Cristo os demuestra el infinito amor que este os profesó á pesar de vuestra ingratitude é indignidad; si conoceis las consecuencias y los efectos del pecado; aun cuando pequeis contra este mismo Dios tan bueno y tan amante de los hombres, estos afectos os dejarán en el corazon un noble y firme propósito de amar con todas veras á aquel que tanto os ha amado, y de morir antes que volver á pecar. Este ha de ser el fruto del presente sermon; si no lo consigo, habré perdido el tiempo y el trabajo. ¡Dios mio! ¿será posible que un amor tan grande y tantas penas padecidas por nuestros pecados no concilien á Jesús verdaderos y constantes amadores, que en los momentos de tentacion, cuando se vean seducidos por las pasiones y los goces terrenales, reflexionen y digan: Renuncio á todo con tal de no ofender á Dios? El pecado clavó á Jesucristo en la cruz; ¡á tal extremo llegó su amor para con nosotros! Pero yo tambien sé amar; tambien yo sabré sacrificar los intereses, la moda y los goces al amor de Jesucristo. Si Dios hubiese pecado contra vosotros, la penitencia que impuso á su Hijo hubiera bastado sin duda para que le perdonárais y amárais. Mas ahora los pecadores sois vosotros, y él, á pesar de ser el ofendido, os amó tanto y padeció tanto por vosotros, que vuestro entendimiento ape-

nas puede concebirlo: y ¿no le amaréis siquiera lo que baste para vencer una pasion? Parece imposible; pero así ha sucedido, y así ¡ay de mí! sucederá todavía. ¿Sucederá verdaderamente, hermanos míos? ¡Ah! quisiera estar seguro de lo contrario. Decidme, ¿habria entre vosotros alguno que, dando al olvido el amor de este Dios y los dolores que padeció, los pecados que ha cometido, el perdon que Dios le ha otorgado, y hasta las lágrimas que aquí habeis derramado, se atreviese á gritar: *Non hunc, sed Barabbam?* Muera Jesucristo, y viva mi amiga; muera Jesucristo, vivan mis pasiones? Si alguno de vosotros se atreviera á ello, y vosotros pudiérais conocerle, no dudo que levantándoos todos contra él, y considerándole como un mónstruo indigno de vivir, hariais en él un terrible escarmiento y una solemne y sangrienta venganza en presencia de Jesucristo. Pero no habrá, no, ninguno tan impío. Veo ya en los corazones de todos vosotros el noble propósito de amar á este buen Dios hasta la muerte. Si habeis formado este propósito, obligaos todos á llevarlo á cabo con esta terrible imprecacion: *Si quis non diligit Dominum Jesum Christum, anathema sit.*